

Fecha: 21-05-2023
 Medio: El Mercurio de Valparaíso
 Supl.: El Mercurio de Valparaíso - Domingo
 Tipo: Noticia general
 Título: **El regreso del héroe**

Pág.: 3
 Cm2: 340,2
 VPE: \$ 818.270

Tiraje: 11.000
 Lectoría: 33.000
 Favorabilidad: ☐ No Definida



Gonzalo Serrano del Pozo,
 Doctor en Historia, director de Postgrado
 Facultad de Artes Liberales
 Universidad Adolfo Ibáñez

El regreso del héroe

En una nueva conmemoración del 21 de mayo de 1879, pareciera que la gesta de Arturo Prat, en tiempos de constituciones, ha pasado a un segundo plano. Aprovecho esta distracción para detenerme en algunos detalles que, transcurrido más de un siglo, han sido olvidados o son poco conocidos. En específico, la llegada del cuerpo de Prat al monumento de los héroes que se concretó nueve años después del combate, el 21 de mayo de 1888.

La recepción se produjo ese día en la mañana. Desde el Huáscar, fueron descendidos los tres ataúdes que venían desde Iquique hasta Valparaíso y que correspondían, además de Prat, a Ignacio Serrano y a Juan de Dios Aldea. A través de tres lanchas, fueron conducidos hasta el muelle, donde fueron acompañados de otras embarcaciones que querían estar cerca de los héroes.

El puerto, podrán imaginar ustedes, estaba atiborrado de gente. Las crónicas señalan que una multitud innumerable tenía invadidas todas las calles, la playa, el muelle y el malecón. Nadie quería quedar fuera de esta bienvenida. Mientras esto ocurría, desde los fuertes y los buques, se disparaban salvas que aumentaban la conmoción del público.

En el muelle, se encontraban las embarcaciones que transportaban a las autoridades. Luis Uribe, al mando del Huáscar, el intendente de Iquique, representantes del senado, entre otros, y los familiares de Prat, donde destacaba Arturito, que para ese entonces tenía diez años. En la bahía, lo esperaba el hijo de Carlos Conde, Carlitos, con una corona de flores. Su padre había fallecido hacía menos de un año.

Ya en tierra, unos hermosos carruajes, tirados por seis caballos cada uno, transportaron los ataúdes por la calle Victoria (hoy Pedro Montt) hacia el estero de las Delicias, donde se iba a realizar la primera ceremonia. Fue un viaje de diez cuadras, con un público que

repletaba las calles. Nunca antes, ni siquiera cuando regresó el ejército, se había visto tanta gente.

Mientras la comitiva avanzaba, los habitantes del puerto, desde ventanas y balcones, lanzaban flores, papелitos de colores e incluso poemas que caían sobre los féretros. También desde una casa se lanzaron palomas blancas, aumentando la emotividad del espectáculo.

Otro tema eran los tradicionales arcos de flores que cruzaban las calles y que se armaban con motivo de las victorias y festividades. Los vecinos competían por tener el mejor. Algunos arcos se iluminaban para lucirse en la noche y, para esta ocasión, uno incluía un sistema de poleas que, al momento de pasar los féretros, permitió que una niña descendiera y lanzara sobre los féretros una lluvia de flores.

Las casas, en tanto, se engalanaron con banderas, coronas, guirnaldas y escudos. Nadie quería quedar fuera de esta fiesta patriótica y de reconocer, como se merecían, a sus héroes.

Ya en la plaza de la Victoria, esperaba el presidente de la República a la comitiva. Si el desembarco había sido a las 10:00, ya eran las 15:00 cuando empezó a escucharse la marcha fúnebre de Chopin. Luego vino la plegaria de Moisés, interpretada por una soprano, dos tenores y setenta coristas. El majestuoso acto culminó con los discursos de las autoridades.

El largo viaje desde Iquique finalizaba con la sepultación en el monumento a los héroes. Ahí el encargado de dar un discurso fue el segundo comandante y sobreviviente de la Esmeralda, Luis Uribe. En sus palabras, el monumento que albergaría las cenizas de los héroes iba a ser el faro sagrado que alumbraría eternamente a los marinos de Chile en la senda de la victoria y del sacrificio.

De esta forma, se cerraba un ciclo. El mismo puerto que había recibido con estupor y orgullo la noticia del 21 de mayo de 1879, recibía de regreso a su héroe. Prat podía descansar para siempre en un monumento que, sin importar los vaivenes de la ciudad, se mantiene incólume al paso del tiempo.

“Desde el Huáscar fueron descendidos los tres ataúdes que venían desde Iquique y que correspondían, además de Prat, a Ignacio Serrano y a Juan de Dios Aldea. Las crónicas señalan que la multitud tenía invadidas todas las calles, la playa, el muelle y el malecón”.